

El príncipe Federico Carlos había llegado primeramente á Verneville y luego á Habonville. El estrépito cada vez mayor del cañoneo le había hecho comprender la gravedad del asunto. Era preciso reparar la imprudencia de Manstein, á cual efecto el príncipe dispuso que el III.º cuerpo, muy debilitado por la batalla de la antevíspera y que formaba reserva detrás del IX.º cuerpo, abandonara Vionville y se acercara al lugar de la acción. A las tres y media preséntanse las cuatro baterías de la artillería del centro seguidas inmediatamente de otras dos; gracias á estos refuerzos reanímase la lucha, y dos de las baterías del IX.º cuerpo que se habían retirado renuevan sus provisiones, reconstituyen sus tiros y reaparecen en el combate. Una lluvia de granadas cae sobre Montigny-la-Grange y sobre Champenois que se incendia, y entonces, cambiada la situación con rapidez sorprendente, tócale á la artillería francesa replegarse. A eso de las cuatro y media, los infantes del IX.º cuerpo ocupan á su derecha la granja Champenois y á su izquierda avanzan al través del bosque de la Cusse hasta el terraplén del ferrocarril; por la parte de Habonville se aproxima la guardia, lo que constituye una nueva amenaza; de Sur á Norte, *Chantrenne, l'Envie, Champenois y el bosque de la Cusse* constituyen otros tantos puestos avanzados, de los cuales se prepara el enemigo á salir; y la artillería, al principio sin apoyo, hállase ya fuertemente defendida y con sus tres grupos de baterías, á saber, las del III.º cuerpo al Sur, las de la 18.ª división al centro y las hessenses al Norte, desarrolla toda su potencia. Una valerosa tenacidad y algunos hermosos hechos de armas disimulan el cambio de la situación que cada vez es más desfavorable para nosotros y quitan á la lucha toda apariencia de derrota; pero empezamos á vernos acosados en las alturas, desde la granja de *la Folie* hasta Amanvillers, y la defensa pasiva que al principio del combate hemos practicado por indecisión ó por falta de órdenes, ahora nos la impone la necesidad.

Eran las cinco. La batalla, empeñada en nuestro frente, se había desarrollado igualmente en nuestras alas, de un lado hacia el barranco del Mance y de otro, al Norte, hacia Saint-Privat. Esta es la ocasión de hablar del ataque que en nuestra ala izquierda dirigía Steinmetz contra los cuerpos de Frossard y de Lebœuf, ya que luego habremos de dedicar toda nuestra atención al ala derecha, allí donde, después de una lucha eternamente memorable, la suerte de Canrobert había de arrastrar á la de todo el ejército.

XVIII

Steinmetz habíase dirigido á la madrugada hacia las alturas de Gravelotte, y habiendo oído á eso de mediodía el rumor de la batalla por la parte de Verneville, había dispuesto que sus baterías ocuparan posiciones y se había preparado para entrar en acción, comenzando al poco rato un cañoneo entre nuestras piezas y las del VII.º cuerpo.

Según el plan de Moltke, el VII.º y el VIII.º cuerpos debían limitarse á retener en su sitio el ala izquierda francesa, pues la batalla debía decidirse en otra parte. A pesar de que ya había recomendado á Steinmetz que obrara con prudencia, temeroso de que se

dejara llevar de algún peligroso arrebato, hábale reiterado sus órdenes en un despacho concebido en estos términos: «El combate parcial que en este momento se oye delante de Verneville no exige que entre en acción todo el primer ejército, el cual procurará no ostentar fuerzas considerables y, en caso necesario, se limitará á hacer funcionar su artillería para preparar el ataque ulterior (1).»

Moltke, conteniendo su derecha, no sólo atendía á su plan general, sino que también se conformaba con lo que aconsejaba la prudencia. Ya hemos visto que el ala izquierda era la más fuerte de las posiciones francesas, ya por la proximidad de las reservas, ya por la trinchera natural que formaba el Mance y por las obras de defensa que habían multiplicado las trincheras-abrigos y fortificado las granjas de *Moscou y Point-du-Jour*. Pero cuando llegó la orden que acabamos de citar, ya el VIII.º cuerpo, prolongando la línea de cañones del VII.º, había llevado una parte de su artillería al Norte de la calzada de Gravelotte á Metz, y algunos numerosos cuerpos de infantería habían tomado las armas y avanzaban. La acción estaba empeñada, y como era difícil detener ó suspender la ofensiva, el combate continuó.

Enfrente del I.º ejército se alzaba la línea de las alturas sembradas de granjas que ocupaban los soldados de Frossard y de Lebœuf y hacia las cuales subía, al salir del barranco del Mance, la carretera real de Verdún á Metz. Un primer ataque intentado por una parte del 33.º prusiano no tuvo sino un mediano éxito, pues si bien los asaltantes descendieron valientemente por los tallares del barranco, rechazaron á nuestros tiradores y se esforzaron en subir por la opuesta cresta, viéronse acerbillados por nuestros fusiles, perdieron muchos oficiales y se vieron obligados á guarecerse en los hoyos de casquijo que orlaban el camino. Entonces entraron en acción otros cuerpos, como el 28.º; el 67.º y los cazadores renanos, y aunque algunas de estas fuerzas consiguieron avanzar á lo largo de la carretera, un fuego terrible que salía de la granja de Moscou interrumpió aquella corta victoria. Ciertos cuerpos, como los cazadores renanos, vieron caer á todos sus capitanes y los más resueltos viéronse precisados á mantenerse en las posiciones conquistadas.

A eso de las tres preparábase un nuevo ataque: la artillería había de desembarazar el camino; el VII.º y el VIII.º cuerpos habían acabado de colocar en posición sus baterías, y al Norte y al Sur de la calzada de Metz, delante de la carretera de Ars, delante de Mogador y de la Malmaison, había alineadas 132 piezas. Una verdadera lluvia de granadas cayó sobre las posiciones francesas y de la granja de Moscou, y de las dos casas del Point-du-Jour comenzaron á salir grandes llamas. En las laderas del barranco, debajo de la granja de Moscou, alzábase al borde de la carretera otra vasta granja, hoy convertida en posada, la de *Saint-Hubert*, especie de puesto avanzado que los alemanes habían de conquistar antes de seguir adelante. La custodia de aquella granja había sido confiada á un batallón del 80.º de línea á las órdenes del comandante Moliere, y

(1) *Correspondance du maréchal de Moltke*, tomo I, página 298.

dos compañías ocupaban los edificios mientras las demás defendían el jardín y el cercado. Nuestros infantes luchaban desde hacía dos horas contra los tiradores enemigos; sólo la artillería podría vencer á aquellos á quienes el fuego de fusil no había podido reducir. Una batería prusiana que disparaba sin descanso, incendió el cuerpo principal del edificio cubriendo á los defensores de cascos de granada y de cascote; á pesar de ello, los nuestros seguían resistiendo, hasta que habiendo perdido el batallón la tercera parte de su efectivo y viendo que la infantería enemiga se aproximaba á la granja, que por sus cuatro costados ardía, el comandante Moliere, que estaba herido, ordenó la retirada. Los ingenieros habían practicado dos pequeñas brechas en el muro del jardín por el lado de la granja de Moscou, y por allí escaparon los sobrevivientes (1). Mas sea por olvido ó por confusión á causa del ardor de la lucha, varias fracciones de compañías no recibieron á tiempo la orden de retirarse, rindiéndose la mayoría de ellas, mientras algunos hombres, entre los cuales el *Historial* del regimiento cita á los sargentos Gres y Jammet, continuaron disparando hasta que cayeron acerbillados á balazos (2).

La pérdida de Saint-Hubert trajo consigo la de la parte Sur del bosque de los Genivaux; pero aun esta misma derrota puso de manifiesto cuán precarias habían de ser todas las ventajas prusianas por aquel lado, gracias á la fuerza de las posiciones, unida al valor de las tropas. Cuando los alemanes dueños, de Saint-Hubert, quisieron continuar avanzando, su esfuerzo se estrelló contra las balas de los franceses que guarnecían las crestas. Ni los soldados de Frossard en las cercanías del Point-du-Jour, ni los de Lebœuf alrededor de Moscou se dejaron quebrantar, y los prusianos se veían obligados á permanecer en las laderas orientales del barranco del Mance, en donde se mantenían valerosamente, pero á costa de terribles pérdidas. Todas las unidades estaban dispersas, y en las canteras de casquijo y alrededor de Saint-Hubert los cazadores renanos, los tiradores de la Prusia oriental y los infantes de Magdeburgo mezclaban confusamente los restos de sus compañías.

Steinmetz, que estaba junto á sus baterías, no percibía los detalles de la lucha y únicamente veía el conjunto, es decir, Saint-Hubert conquistada, las granjas incendiadas y al lado de él su artillería que vomitaba la muerte. Los partes, un tanto optimistas, anunciaban que todo iba bien, y el comandante del I.º ejército, que no distinguía ninguna reacción ofensiva de los franceses, transformó en su mente en éxito decisivo lo que no era más que frágil ventaja, y convencido de que el enemigo había agotado sus fuerzas, se persuadió de que un nuevo ataque convertiría en definitiva la victoria en el ala derecha prusiana.

Ordenóse entonces á las baterías del VII.º cuerpo que cruzaran el desfiladero y tomaran posiciones en la vertiente oriental del barranco que se abría al Sur de la carretera de Metz. La 27.ª brigada, sacada de Gravelotte, quedó encargada de apoyar á la artillería, y otra, la 26.ª, que se había quedado en Ars, fué enviada

á Vaux con la misión de obrar contra la extrema izquierda francesa. La 1.ª división de caballería, que acababa de llegar á la Malmaison, penetró en el barranco del Mance para desde allí subir á las alturas y emprender la persecución del enemigo, pues se imaginaba ya á éste en retirada.

El desencanto de los prusianos fué tan grande como grandes habían sido sus esperanzas; porque si bien habíamos perdido Saint-Hubert y retrocedido un poco nuestra línea, el conjunto de nuestras fuerzas permanecía intacto y la moral de las tropas no había sufrido lo más mínimo, y bien se vió en los sucesos que luego se desarrollaron. A la primera señal de un nuevo ataque se juntaron todas las piezas que teníamos disponibles, y desde Moscou los proyectiles de la artillería de reserva comenzaron á barrer el desfiladero, mientras nuestros infantes, dispuestos á hacer fuego, se guarecieron en las trincheras-abrigos. Sólo cuatro de las baterías del VII.º cuerpo consiguieron atravesar el barranco, obstruido ya por la caballería, y en cuanto asomaron las primeras piezas fueron recibidas por un fuego terrible que mató á todos los animales de uno de los tiros é hirió á dos comandantes, á uno de ellos mortalmente. Dos baterías hubieron de retirarse, lo que consiguieron con gran trabajo, y las otras dos, si bien permanecieron firmes, fueron casi totalmente destruidas: tal fué la suerte de la artillería. En la 1.ª división de caballería, un solo regimiento, el 4.º de hulanos, logró subir al otro lado del desfiladero, formándose delante del Point-du-Jour, en donde esperó largo tiempo una ocasión favorable. Los franceses, ocultos en sus parapetos, sembraban la muerte en aquellos pelotones, hasta que al fin los jinetes, después de haber sufrido muchas bajas, retrocedieron y se unieron al grueso de la división que se había reunido al Noroeste de la Malmaison. No fué mejor la suerte de la infantería: en efecto, muchos destacamentos descendieron al través de los bosques y los más afortunados limitaron su ambición á no retroceder. La 26.ª brigada, que se había dirigido desde Jussy á Sainte-Ruffine, fué contenida por la brigada Lapasset, y aun en algunos puntos los franceses avanzaron algo, llegando las balas de sus fusiles de largo alcance hasta el sitio en que se encontraba Steinmetz. El comandante del I.º ejército había enviado al rey partes de victoria, anunciándole que Saint-Hubert había sido tomada, que el enemigo se hallaba fuera de combate y que comenzaba la retirada francesa. A las cuatro y media llegó el monarca, en el momento en que retrocedían la caballería y dos baterías y en que la infantería á duras penas se mantenía en sus posiciones; y estas fueron las prendas de victoria que Steinmetz pudo ofrecer á su soberano.

El combate duraba desde el mediodía. En el centro, el IX.º cuerpo, contenido durante mucho tiempo, comenzaba apenas á avanzar, y en la derecha prusiana los cuerpos VII.º y VIII.º se encontraban decididamente en situación muy apurada. Pero el rey, que desde la meseta de Gravelotte observaba la indecisa fortuna de Steinmetz, hubiera hecho mal en alarmarse ó quejarse, pues muy lejos de él, hacia el extremo Norte, en los sitios adonde su mirada no podía llegar, los sajones, combinando sus esfuerzos con los granaderos de la Guardia, maniobraban contra nuestro flanco y muy

(1) Parte del general Sanglé-Ferriere.

(2) *Revue d'histoire*, julio de 1904, pág. 198.

pronto Canrobert, rebasado por ellos, no podría hacer otra cosa que realizar esos esfuerzos sublimes que ilustran la derrota, pero no la evitan.

XIX

El plan de Moltke consistía en dirigir al Norte el principal ataque, es decir, en romper y envolver la derecha francesa. ¿Hasta dónde se extendía esta derecha? No se había podido averiguar esto sino mediante informes sucesivos; de aquí órdenes en un principio incompletas é hipotéticas que se concretaron gradualmente. Eran las once y media cuando la caballería hessense había avisado nuestra presencia en Saint-Privat, noticia que muy pronto fué confirmada por un reconocimiento practicado por los húsares que llegaron hasta delante de Batilly. Entonces se creyó saber la verdad y se sabía, en efecto, pero no completa, pues, como se supo algo más tarde, nuestra línea se prolongaba hasta Roncourt.

La consecuencia de ello había de ser reforzar la izquierda alemana y avanzar más hacia el Norte. En el entretanto, Manstein había empeñado la lucha, haciendo frente, no á la derecha francesa, como suponían las primitivas conjeturas, sino á nuestro centro, y cooperando sólo de una manera indirecta al movimiento decisivo. La principal misión había de estar reservada á la Guardia que mandaba el príncipe Augusto de Wurtemberg, y á los sajones que estaban á las órdenes del príncipe real de Sajonia. La Guardia, que, según las primeras disposiciones, debía distribuirse entre Verneville y Habonville, fué por entero enviada á este último punto desde donde había de encaminarse á Saint-Privat; en cuanto á los sajones, una de sus divisiones, la 24.^a, se dirigía á Sainte-Marie-aux-Chenes, y la otra, la 23.^a, hacia Coinville y desde allí daría vuelta á Roncourt pasando por los bosques y describiendo un movimiento muy amplio. Detrás de la Guardia y de los sajones estaría de reserva el X.^o cuerpo.

En el entretanto, los franceses, que en general no habían cuidado de extenderse delante de las alturas, acababan de ocupar Sainte-Marie-aux-Chenes, desde donde los tiradores habían de acribillar con su fuego á quienquiera que osara presentarse; de suerte que, sin apoderarse previamente de este puesto avanzado, no podría el enemigo avanzar hacia Saint-Privat. En la gran acción que se empeñaba en nuestra derecha, el primer combate tendría por objetivo la posesión de aquella aldea.

Varios setos, sólidos cercados y gruesos muros favorecían la defensa de aquel lugar; pero, por desgracia, lo reciente de la ocupación no había permitido construir ninguna trinchera ni siquiera levantar barricadas en las entradas del pueblo. La guarnición de éste se componía de un regimiento, el 94.^o de línea, muy mermado por la batalla de la antevíspera, y del cual se habían sacado además tres compañías para dejarlas en Saint-Privat, de modo que sólo contaba 1.450 combatientes. Había sido distribuido en parte en los linderos Sur y Sudoeste de la aldea, y en parte á lo largo de las zanjas de la carretera de Auboué, y estaba á las órdenes del coronel de Geslin, hombre inquebrantable en punto al cumplimiento del deber y dotado de valor intrín-

vido. El general Colin, comandante de la brigada, había querido compartir los peligros del regimiento.

Los tiradores de la guardia subían desde Habonville hacia Saint-Ail, y cuando salían de aquella población y avanzaban en dirección á Sainte-Marie, les alcanzaron los primeros proyectiles de los chassepots, á una distancia en que nada podían hacer los fusiles de aguja. Pero el peligro para el enemigo fué corto y la ventaja para nosotros bien frágil, pues los prusianos, aprovechándose primeramente de una línea de setos y luego de un edificio aislado, ganaron algunos centenares de metros, y al llegar á distancia conveniente cesaron con vigor á nuestro fuego. Otros se aproximaron á favor de un bosquecito ú ocultándose en un valle que corre de Sur á Norte, al Oeste de Saint-Ail. Los primeros asaltantes no habían de encontrarse solos mucho tiempo; en efecto, de Habonville llegaban tiradores, granaderos, cazadores, todo el grueso de la 1.^a división de la guardia á las órdenes del general de Pape. El mismo barranco que había protegido á una porción de la vanguardia, disimuló la marcha de las columnas. Muy pronto hubo cerca de Sainte-Marie cuatro batallones, y algo más lejos tomaron posiciones once más.

Esta superabundancia de fuerzas permitía precipitar el desenlace. El general de Pape, á pesar de la superioridad numérica, no renunció á las prácticas ordinarias de los ataques prusianos; así es que antes de asaltar al adversario quiso destruirlo por medio de la artillería, á cual efecto rompieron el fuego diez piezas de la guardia. Precisamente se aproximaban los sajones, los cuales prestaron sus baterías, las de la 24.^a división, luego las de la artillería de cuerpo, y finalmente, otras tres de la división 23.^a Entonces entraron en acción contra Sainte-Marie 88 piezas, alineadas al Noroeste de Saint-Ail y en la carretera de Batilly á Auboné.

Ni la extraordinaria desproporción de fuerzas, ni los incendios que comenzaban á producirse, ni las bajas innumerables desconcertaron á los defensores: sopor-tando impasibles aquella lluvia de granadas, el coronel de Geslin, el teniente coronel Hochsteter y los jefes de batallón Horcat y Froidevaux reunieron sus hombres; las compañías de reserva entraron en línea de combate y la lucha continuó sin otro temor que el de que se agotaran las municiones.

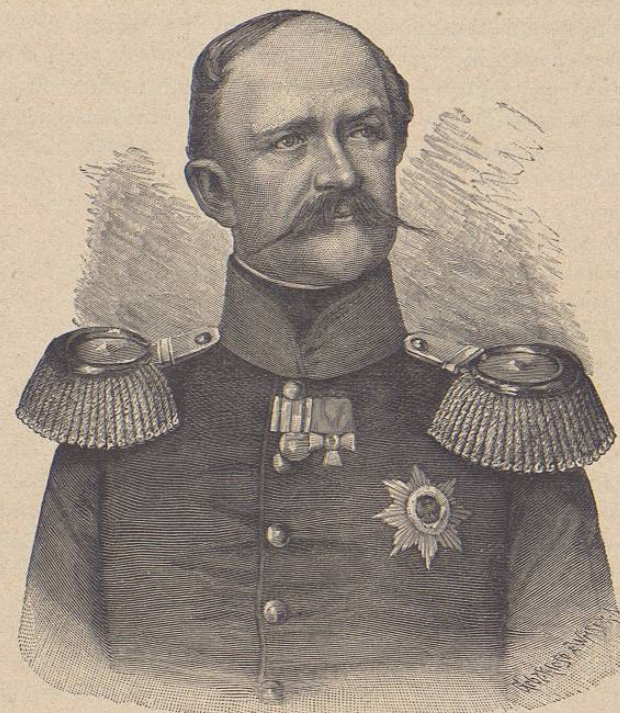
El combate duró media hora. Los granaderos y los sajones, muy vulnerables por su mismo número, experimentaban grandes pérdidas; pero el valor de los nuestros había de resultar impotente contra la desigualdad de los recursos. Mientras nuestro fuego se debilitaba, el enemigo lo disponía todo para el asalto: los prusianos habían de atacar la aldea por el Sur y por el Sudoeste y los sajones de la 24.^a división por el Noroeste y por el Norte. A la señal de ataque, cuatro batallones de la guardia y siete de sajones lanzáronse sobre Sainte-Marie, y en aquel mismo momento, como si aún hubiese sido necesario un nuevo esfuerzo, aproximábase la 23.^a división. Comparados con aquella masa de fuerzas los nuestros no eran más que un puñado de hombres, y, sin embargo, cuando avanzó el enemigo redoblaron su fuego. El camino estaba todavía libre hacia el Este; el general Colin acababa de ser herido gravemente, y el coronel de Geslin, reuniendo lo que pudo

de sus tropas y cubriéndose con tres compañías que habían sufrido algo menos que las demás, retrocedió hacia Roncourt, habiéndole salido al encuentro dos batallones del 91.^o que lo recogieron y protegieron en su retirada. Entretanto, prusianos y sajones, prorrumpiendo en grandes hurras, penetraban en la aldea evacuada en tan gran número, que la principal dificultad estibaría en poner un poco en orden las unidades confundidas.

Una vez privados los franceses de su puesto avanzado, tenían los alemanes libertad completa para proseguir su movimiento. Algunas tentativas de ataque del

lo, subiría hasta Montois, exploraría las inmediaciones de esta población y, por último, se lanzaría contra las posiciones francesas.

Mientras los sajones preparaban de esta suerte el ataque de flanco, la guardia prusiana, destinada al ataque de frente, acababa de poner en línea sus regimientos. Poco antes de las cinco, la 2.^a división desplegó una de sus brigadas, la 4.^a, delante de Saint-Ail; otra, la 3.^a, se reunía en Habonville para apoyar al IX.^o cuerpo. En cuanto á la 1.^a división, mandada por Pape, hallábase agrupada en torno de Sainte-Marie-aux-Chenes, teniendo delante, muy al Oeste, la aldea de Saint-



El príncipe Augusto de Wurtemberg

6.^o cuerpo fueron infructuosas. Después hubo un intervalo de calma, que no era suspensión de la batalla, sino preparación de la maniobra que, mediante un ataque de frente y un movimiento envolvente de la derecha francesa, consumaría la derrota. Los esfuerzos coordinados de los sajones y de la guardia habían de asegurar la realización del gran plan.

La 23.^a división de los sajones, mandada por el príncipe Jorge, después del combate de Sainte-Marie, había proseguido su marcha hacia el Norte; una de sus brigadas, la 45.^a había de llegar hasta Aboué, y desde allí, y dejando muy atrás á la otra, la 46.^a hasta Roncourt. Tan importante se había considerado este movimiento, que se había puesto á las órdenes del príncipe la brigada 48.^a, quedando sólo una, la 47.^a, en Sainte-Marie. Los alemanes se preguntaban, sin embargo, si la derecha francesa se prolongaba hasta más allá de Roncourt, y esta incertidumbre motivó una nueva modificación en las órdenes. Dispúsose, en efecto, que las brigadas 45.^a y 48.^a se separasen: la primera, mandada por el general Craushaar, se ajustaría á las instrucciones primitivas y al través de los bosques iría directamente á Roncourt; la segunda, reforzada por un regimiento de caballería, ensancharía el arco de círcu-

Privat. Era preciso, sin embargo, proveer para que los progresos de los sajones en la extrema derecha francesa asegurasen la simultaneidad de los esfuerzos. Y como si los asaltantes hubiesen querido tomar aliento antes de desplegar todos sus furores, la lucha sólo se señalaba por las detonaciones algo espaciadas de las baterías.

Canrobert, contra quien convergían tantos esfuerzos, tenía bastante experiencia para dejarse engañar por aquella calma terrible. Para contener á la guardia y al IX.^o cuerpo apenas disponía de 28.000 hombres, y su artillería, ya muy reducida y obligada á contar sus disparos, sostenía muy débilmente aquel desigual combate. Sólo un socorro llegado oportunamente habría podido equilibrar las probabilidades, y ¿á quién pedir aquel socorro sino á Bazaine?

Desde los comienzos del combate, Canrobert había enviado uno de sus oficiales, el capitán Bellegarde, al comandante en jefe, el cual había contestado: «Diréis al mariscal Canrobert que ordene al general Bourbaki que le envíe una división de la guardia imperial para el caso en que el ataque se formalizara más; además doy orden al general Soleille que le mande una batería del 12. Finalmente, el mariscal puede llenar sus furgones